

empeño, y enlace venia de la Providencia Divina, y que el segundo casi siempre era efecto de codicias humanas; y que por buen fin, è intencion, que se tuviese en estas mudanzas, casi siempre eran llevados mas de los bienes, y de las rentas, que se recibian, que del bien, que en ellas se podia hacer. ¿No reconoceis vosotros en estos nobles, y piadosos sentimientos la pureza del antiguo Christianismo? Restame haceros ver, lo que la dulzura obró en San Francisco de Sales de nuevo, y de singular.

SEGUNDA PARTE.

DIOS, que es el Soberano Bien, y la fuente de todos los bienes, se comunica de diversas maneras à sus Santos, para hacer ver las riquezas de su gracia en la variedad de sus dones; para proporcionar la santificacion de cada uno al espiritu, y à los talentos, que les ha dado, ó à los fines, que se ha propuesto; y para edificar los diferentes estados de su Iglesia, por medio de esta multiplicidad de exemplos, ó de gobiernos. Y asi, aunque el camino del Cielo para todos los escogidos sea el mismo, no obstante el Señor les traza, y abre nuevas sendas, como dice la Escritura; y como hay un punto de santidad comun, en el qual todos necesariamente son parecidos, hay tambien un punto de singularidad, en el qual se diferencian los unos de los otros, y puede decir cada uno, como el Rey Propheta: (a) *Yo soy unico, y particular en mi estado.*

Esta variedad, y esta antigüedad siempre nueva (digamoslo asi) es, la que hace la hermosura, y belleza de la

(a) *singularitèr sum ego.* Psalm. 14. v. 10.

la Iglesia, y la plenitud de los Santos. Los unos apartados del tumulto, y de la corrupcion del Mundo, como que se han enterrado vivos en los desiertos: Los otros han llevado la mortificacion de Jesu-Christo visiblemente en sus cuerpos, y se han distinguido por los rigores de la penitencia; muchos por la santidad de los votos, por la severidad de una regla, y por la austeridad de los ayunos, han llegado al mas alto grado de la perfeccion Evangelica: Pero nuestro Santo se estableció en la piedad por su dulzura, virtud, que Jesu-Christo tantas veces nos ha recomendado, y à la qual reduxo la doctrina de sus exemplos, y prometió las recompensas del Cielo, y la misma herencia de la tierra. Esta dulzura es la que le hizo Santo en una vida comun, igual, tranquila, y caritativa. No le dixo el Señor como à Abraham: *Sal de tu País, apartate de tus parientes, y de tus amigos.* (a) Ni oye tampoco, como Arsenio, una voz celestial, que le dices: *Vete al Desierto, habita en la soledad, y en el silencio.* Una inspiracion secreta le retiene en la vida ordinaria del Mundo, y Dios por un privilegio particular, le libra de sus corrupciones.

En la Casa de su Padre, en los Estudios, en las Universidades, en el ordinario comercio de los hombres, halló medios de santificarse, como un Religioso, como un Penitente, y como un Anacoreta; extraordinario en el orden comun de los Christianos; particularmente perfecto, en lo que no afectó jamás perfeccion particular; singular, en lo que jamás tuvo ninguna singularidad; y en una condicion comun, y conforme à las costumbres de nuestro siglo se elevò à las virtudes mas nobles de los siglos pasados. Muchos le han igualado en la bondad de costumbres,

(a) Genes. 12. v. 1.

bres, aunque conservase hasta la muerte su inocencia Baptismal; en el ardor de su zelo, aunque se diga, que ganó sesenta mil almas para Dios; en su paciencia, aunque en él fuesen todas sus delicias las persecuciones, y las injurias; en su humildad, aunque huviese juntado la docilidad de un niño con la capacidad de un hombre perfecto; en el desapego de todas las cosas, aunque haya visto sin alterarse frustrados muchas veces sus buenos desig- nios, y su misma Congregacion, que fue el fruto, y la obra de su espíritu, la esperanza de la santa posteridad, y la alegría de su corazón, à pique de ser arruinada por accidentes repentinos, é imprevistos.

Pero ¿quién es, el que supo conciliar como él las obligaciones de la vida civil, con las de la conciencia? El ha santificado el comercio, y las comodidades del Mundo por el buen uso, que hizo de ellas, acomodandose al tiempo, y à las costumbres, siempre con razon, y con prudencia; sensible, y correspondido à las razonables amistades, y reduciendolas siempre à la caridad, que era su principio, y à la utilidad espiritual de aquellos, à quienes amaba, que era su fin. Si atrahía los corazones, no creais, que fuese para detenerlos; sabia muy bien conducirlos à Jesu-Christo, como un bien, que no havia adquirido sino por él. Si se insinuaba en los animos, era para establecer en ellos la Fé, y la Religion: Pronosticaban, que estaban bien con Dios, los que estaban bien con él; en una palabra: Amar à San Francisco de Sales, y amar la piedad era casi una misma cosa.

Jamàs se le vió dár en ningun exceso, ni aun siquie- ra de devocion. Tributo á Dios un *culto interior*, y perfecto, pero *prudente*, y *razonable*, (a) segun el con-

(a) *Rationabile obsequium vestrum.* Roman. 12.v.1.

consejo del Apostol. Por humildemente, que sintiese de sí mismo, no reusò à su dignidad ciertas exterioridades, que parece exigir la costumbre, quando en ellas nada hay contrario al buen orden. Mostrò en las conversaciones, y trato de las gentes una virtud alegre, y modesta, que enamoraba à los buenos, y edificaba à los pecadores; y en toda su conducta se admirò una simplicidad sin afectacion, una prudencia sin disfraz, un interior sin escrupulo, un exterior sin artificio, una ciencia sin vanidad, una devocion sin fausto, y una conversacion, en que se dejaba ver la dulzura de su espíritu, la fuerza de su razon, y la pureza de su vida.

¿Pero quién le igualó jamàs en la práctica arreglada, y uniforme de la piedad, aunque se viese en continuas ocasiones de estar, ó distraído, ò dissipado? ¿No usó de este Mundo, como si no le huviese usado, con aquella sobriedad, que el Apostol recomienda à todos los fieles? No se ocultó, ni escondió, pero se mantuvo recogido. Hallóse en las conversaciones, y en los concursos; pero supo formarse en medio del ruido del siglo, un silencio interior, y una soledad espiritual dentro de sí mismo: Hacia las mismas cosas, que los otros; pero las hacia de otra manera, que ellos: La corteza, ó el exterior era semejante, pero la raíz era diferente; y dirigiendo la caridad hasta las menores obras de su vida, no hacia cosas extraordinarias, pero esto era lo mas extraordinario en él.

De esta manera jamàs buscó en nada el distinguirse. Tuvo siempre un afecto tierno, y particular à ciertas virtudes pequeñas, que se suelen despreciar, porque no se dejan ver desde lejos, que crecen al pie, y à la sombra de la cruz, y que aunque no dejan de costar algun trabajo, no hacen casi honor alguno à los que las practican. Esta es la ilusion ordinaria de los que creen tener grandes talentos, y que miran la devocion como un arte,

en que quisieran aventajarse. A poca buena opinion, que uno tenga de sí en la piedad, quisiera ya exercer las virtudes de valor, de constancia, de magnanimidad, y de magnificencia. Pero como son gloriosas, y se hacen admirar de todos, es muy peligroso, que sean hijas de la vanidad, ò que la produzcan. Por otra parte las ocasiones de practicarlas son muy raras; y muchas veces con la esperanza incierta, é imaginaria de señalarse en alguna accion grande se pierde el fruto de una infinidad de pequeñas, que se exercen á todas horas.

Ademàs: Es presumir de su virtud el contar con su fidelidad en las ocasiones mas importantes, quando no se tiene acostumbrado el corazon á estas pequeñas regularidades, á que nos obligan el respeto, y el amor, que le debemos á Dios. Pero las virtudes sencillas, y humildes, sin arte, sin estudio, y sin ostentacion, fueron el amor de San Francisco de Sales. Buscò este Santo el merito, y no la reputacion de la santidad. Aunque él huviese amontonado tesoros infinitos de gracias, no despreciò jamás estas pequeñas ganancias de devocion, que sobrevienen á cada momento, y que siendo bien dirigidas, y gobernadas hacen con el tiempo un gran cumulo de riquezas espirituales en un alma. Sufrir, y aguantar ciertas pequeñas impertinencias del proximo; disimular sin resentirse, ciertas pequeñas injusticias; padecer algunas ligeras molestias, sin quejarse; recibir ciertas pequeñas reprehensiones con docilidad; ó buscar la ocasion de hacerselas uno à sí mismo con dulzura, y aprovechamiento; sufrir una pequeña repulsa, y un pequeño desprecio con paciencia; tratar á sus domesticos con humanidad; humillarse, quando es necesario aun mas abajo de su mismo estado, y condicion, estos eran sus ordinarios exercicios. Estas virtudes pequeñas por su materia llegaban à ser grandes por su principio; en las mas brillantes ocasiones el alma enteramente se recoge; la razon se mez-

cla

cla con la fé, es uno observado, y él observa; sofiensese uno por su virtud, y juntamente por su reputacion; y se halla muchas veces en el mismo bien, que se hace, la recompensa de haverlo hecho. Pero arreglarse en estas ocasiones, en que uno no sirve de espectáculo, sino á sí mismo, quando no hay mas testigo, ni mas juez, de lo que se hace, que Dios, y su conciencia, esta es señal de un buen corazon, y de una fidelidad confirmada.

Por estas continuas prácticas era por donde San Francisco de Sales se elevaba à Dios, casi sin obstaculo. Tal es la corrupcion de la naturaleza, que no puede avenirse con la virtud, ni someterse à la razon, ó en el furor de nuestras pasiones, sino aun en medio de la tranquilidad misma de nuestros corazones, y en la calma de nuestros deseos. Es necesario, que Dios con su poder, sujete, y ligue (digamoslo así) esta codicia, y concupiscencia, para detener sus contrariedades, y sus repugnancias. Pero Francisco estaba en paz consigo mismo, nada havia en él, que se amotinase contra la gracia de Jesu-Christo; su alma estaba puesta en sus manos; ninguna repugnancia sentia en seguir la Ley; su piedad crecia todos los dias por la docilidad de su condicion, y por los progresos de la gracia, y sus tranquilas pasiones, bajo la guarda de su virtud, le servian de socorro, y, no de obstaculo, para obrar el bien.

De allí provino aquella igualdad de vida en todas sus acciones. Hay en nuestros espiritus, y en nuestros corazones, yo no se que instabilidad, que muda el orden de nuestras costumbres, y de nuestra vida. Somos tan presto firmes, tan presto irresolutos; unas veces fervorosos, y otras veces relaxados. Muchas veces tanta parte tiene el capricho, como la razon en nuestras re-

Tom. 2.

Nn

so-

soluciones, y en nuestras empresas. Pero la conducta de Francisco fue toda regular, y uniforme. Era este un hombre sin capricho. Jamás experimentó aquellos intervalos de vicios, y de virtudes, aquellas interrupciones de una buena vida, y en fin aquellas desigualdades, que son tan naturales en nosotros. Su vida no estuvo sujeta, ni à las irregularidades, ni à las mudanzas; sus dias no fueron sino un tejido de sabiduría, y de caridad. Por todo el curso de su vida no representó mas, que una persona, y esta fue la de un Santo.

Porque ¿quien es, el que alguna vez no se ve turbado por los diversos acasos, que suceden? Es necesario formarse un corazon capaz de resistir à las adversidades; y para sufrirlas, es preciso preveerlas. Francisco prevenia los ordenes de Dios con una resignacion general. No queria penetrar los secretos de su providencia: Bastabale conocerlos por los sucesos, ó por las inspiraciones. Su voluntad estaba como perdida en la de Dios, y respetando el orden del Cielo, que adoraba, en todas las revoluciones humanas, estaba tocado, y movido; pero no estaba sorprendido, y recibia las aflicciones, sin tener necesidad de prepararse à ellas. La calumnia se atreve à acometer à su piedad, pero no puede vencer su paciencia: Siembran, y arrojan desconfianzas de su fidelidad en el animo de su Principe, envuelvense en su virtud; y contento con el testimonio de su conciencia deja à Dios el cuidado de justificarle delante de los hombres.

Por este medio se despojó de todo afecto humano, y se halló dueño, y señor de aquellas pasiones, que nos dominan. Unos las han hecho guerra con las penitencias, otros las han vencido con la razon: Muchos las han retirado de sí por la huida, y por la mudan-

danza; pero Francisco las calmó por la caridad. Ya no estaba sujeta su alma à las tempestades de la ira: Su zelo mismo tampoco tuvo hiel. Sufría sin impaciencia, y corregía con misericordia. Cedia él, y hacia que todo cediese al amor divino, de que estaba inflamado. *Si supiera yo, decía él mismo, que havia en mí la menor chispa de amor, que no estuviese en Dios, y segun Dios, quisiera, que mi corazon se me partiese, y abriese para hacer salir de él à este amor profano.* Havia hecho en él el amor divino, lo que acostumbra hacer las mortificaciones del cuerpo en otros. Yo bien sé, que estos trabajos exteriores fueron santamente instituidos, para perfeccionar las obras de la penitencia, para detener los movimientos de la concupiscencia, y para impedir los progresos del amor proprio: Pero si la prudencia no los arregla, y si la caridad no los suaviza, se sabe de muy buena gana, y se conoce con gusto, lo que se sufre: Fomentase su voluntad con sus ayunos, y sus abstinencias: Desprecianse los que no practican las mismas austeridades, y se toma cierto ayre, y tono de critica, y de severidad insufrible. ¿No se está experimentando todos los dias el humor melancólico de aquellos devotos, que no tienen, ni para sí, ni para otros alguna justa condescendencia, que con capa de justicia, abandonan la caridad, y por medio de sus censuras, y sus continuas quejas se descargan de una gran parte de su Cruz sobre aquellas personas, que se les acercan, y hacen llevar à los otros la pena de la penitencia, que se han impuesto à sí mismos?

En nuestro Santo Obispo jamás se vieron semejantes melancolias. Su devocion à ninguno fue gravosa: Tuvo el secreto de hacerse amar de aquellos, à quienes se vió obligado á reprehender; su cruz toda estuvo en su corazon, y toda fue para sí. No ponía por

precepto la virtud, solo la persuadia; y sin exasperar á los pecadores con sus reprehensiones, los atraia con su bondad. Si predica, no se vá allí á hacer inútiles invectivas; vá al fondo de la Religion, sin detenerse en vanas reformas, ó defectos exteriores; ataca á la concupiscencia en su raiz, y pone en su lugar á la caridad. Si trata con los Hereges no es por medio de disputas, y tumultuosas controversias, en las quales menos se trabaja por la verdad, que por la victoria; donde se pone mayor cuidado en justificar su discurso, que en persuadir su creencia; donde el uno se obstina, y persiste en el mal, que executa, y el otro destruye el bien, que podria; hacer donde el uno quiere sostener su error por obstinacion, y el otro sostiene su vanidad á expensas de la humildad, y de la caridad Christiana. Francisco muestra la justicia de su causa por su instruccion, y la persuade por su dulzura. En sus conversaciones, llenas de suavidad, y de eficacia mas quiere ganar el corazon á Dios, que convencer el entendimiento.

Si confiesa, es juez, y padre á un mismo tiempo: Castiga el pecado, y consuela al pecador: ¡Qué exortaciones no hace á aquellos Confesores, que hacen su Tribunal formidable por sus asperezas indiscretas, que retiran á los fieles del uso de los Sacramentos, y que por un humor austero, haciendolos sentir mas el rigor de sus reprehensiones, que el dolor de sus culpas, deben hacer penitencia de la pena, que han causado á sus penitentes! Si escribe, trabaja en inspirar la devocion, que ha practicado, ó el amor de Dios, de que está penetrado, semejante en lo uno á aquel Angel, que conduce los pequeños Tobias en los caminos de esta vida; y en lo otro al que lleva en los ayres á los Prophetas por caminos luminosos.

Pero ¿con qué Sabiduria, no allanó los caminos de

de Dios sin alargarlos, con aquel metodo de su piedad, que dejó á los hombres? Ninguna cosa ha estado tan sujeta á las ilusiones, como la devocion. Cada uno se la figuraba conforme á su humor, ó á sus deseos. Unos la reducian á las soledades, y á los Claustros; la encubrian, y como que la enredaban en vanas imaginaciones, y en expresiones mysticas; la cargaban de obligaciones supersticiosas, y poco practicables; y por querer hacerla sublime, la hacian imposible, y por consiguiendo inútil. Otros al contrario la representaban con perniciosos lenitivos, y reduciendola á ceremonias, y á cumplimientos, hacian de ella una mezcla del Mundo, y del Evangelio, y la hacian mundana, por quererla hacer familiar. Nuestro Santo hizo ver, que ni estaba tan expuesta á las relaxaciones del siglo, ni era incompatible con los oficios de la vida civil. Enseñó á vivir en el Mundo sin participar del espiritu del Mundo; á elevarse sobre la naturaleza sin destruirla; á volar poco á poco acia el Cielo, como Palomas, quando no pueden remontarse como las Aguilas; y á seguir las leyes de una condicion comun, quando uno no se siente llamado á una caridad mas perfecta.

Si funda una Orden de Virgenes Christianas, no quiere, que giman bajo la excesiva austeridad de una regla penosa, y laboriosa, sino que vivan en una obediencia fiel, y en una humilde virginidad; que hagan un sacrificio libre, y voluntario de sí mismas; que lleven en su interior las cruces, de que están libres en lo exterior; y que recompensen por la caridad en sus razones las condescendencias, que han tenido con la delicadeza de sus cuerpos. ¿Huvo jamás un caracter de espiritu mas proprio, para ganar los hombres, que el de este Santo Obispo?

De este modo le colmó Dios de bendiciones casi inauditas en la Iglesia. Los hombres de bien en el Mundo

están expuestos à ser corrompidos, ó despreciados de los malos. San Francisco de Sales estuvo expuesto á prueba de su corrupcion, y á cubierto de su malicia. Sus propios enemigos no han podido librarse de ser sus admiradores, y hasta los mismos Hereges quisieron depouer para su Canonizacion, y dár á la santidad de su vida un testimonio, tanto mas seguro, y menos sospechoso, quanto el error, que los cegaba, les obligaba á condenarle. Pero lo mas singular, que hay en este Santo es, que sus virtudes son admirables, y no obstante pueden ser imitadas, lo que parecia casi incompatible delante de él.

Sí, Señores; nosotros podemos decir, que Dios le hizo nacer, para darnos un exemplo, que pudiesemos seguir, y para quitarnos todo pretexto de escusarnos; este no es un Santo sacado de los fastos de la Iglesia antigua, ó del seno de las persecuciones; cuya acciones sean, ó poco conocidas, ó desproporcionadas à nuestra vida. Es un Santo, que lo han conocido nuestros Padres; que ha nacido en nuestros tiempos, y casi á nuestra vista, y cuya memoria es reciente entre nosotros. Este no es un Anacoreta criado en las soledades de Egipto, que haya tenido una vida triste, y solitaria; es un Santo casi de nuestros climas, que ha traído una vida comun, pero santa. Ha vivido, como nosotros, pero ¡ay de mí! Nosotros no vivimos como él. El ha estado rodeado de malos exemplos como nosotros, pero los ha condenado con su piedad, ¿Por qué no aprenderemos nosotros como él, á alabar á Dios en nuestras prosperidades, à buscarle en nuestras adversidades, y á glorificarle en todas nuestras obras? ¿Por qué no tendremos nosotros, como él, dulzura para con el proximo, amor para con Dios, y vigilancia para con nosotros mismos? ¿Por qué no estudiaremos nosotros como él, en honrar á Dios en los Actos de Religion, aun en aquellas obras faciles, è in-

diferentes? ¿Por qué no sufrirémos à su exemplo con paciencia los trabajos, que otros nos causan, los que Dios nos embia, los que hallamos en el Mundo, ó los que nosotros nos causamos á nosotros mismos? Sigamos, pues, unos exemplos tan santos, tan faciles, tan razonables, para que alcanzemos de Dios su gracia en este Mundo, y la gloria en el otro, como yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, del Espiritu Santo. *Amen.*

FIN DEL SEGUNDO
Tomo.

